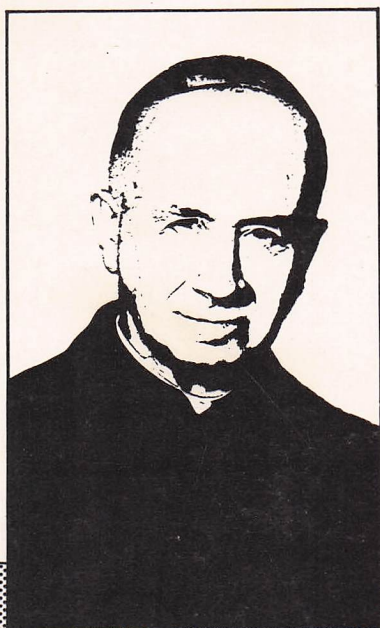


Apostillas a la vida  
de un pastor

# Monseñor Carlos Mariano Pérez



**Mons. Raúl Casado - Obispo de Jujuy -**

---

Apostillas a la vida  
de un pastor:

**Monseñor Carlos  
Mariano Pérez**

*Al carísimo Sr. Pasquale  
con mis recuerdos prodito de  
esta visita,  
el "apostillo" del querido  
mons. d'ely.  
Falta venida 16-11-1993  
Su mo. fratello in d. B.*

**Mons. Raúl Casado**  
**Obispo de Jujuy**

*R. Casado*

## Para introducir la semblanza

He dudado mucho tiempo en hacer esta semblanza. No tanto porque faltaran elementos, datos o documentación, sino porque tenía la convicción de que, al hacerla, hería la natural modestia de Monseñor Pérez. En vida, él no lo hubiera aceptado.

Recuerdo, sobre el particular, que con ocasión de sus Bodas de Plata Episcopales, le presenté "sub secreto" el programa de realizaciones que se preparaba; entre ellas, la edición de sus Exhortaciones Pastorales y Mensajes sobre el Milagro. Con su habitual sonrisa, (para algunos no exenta de picardía) me dijo: "Si eso sirve para fomentar la devoción al Milagro y para incrementar las vocaciones: Adelante".

Era una forma de desaparecer. "Conviene que El crezca y yo disminuya", (Jo. 3,30).

Pero creo que hay algunas razones para esta semblanza.

La Iglesia es historia y sus hombres, sobre todo sus pastores, se deben a esta historia. Más bien hacen esta

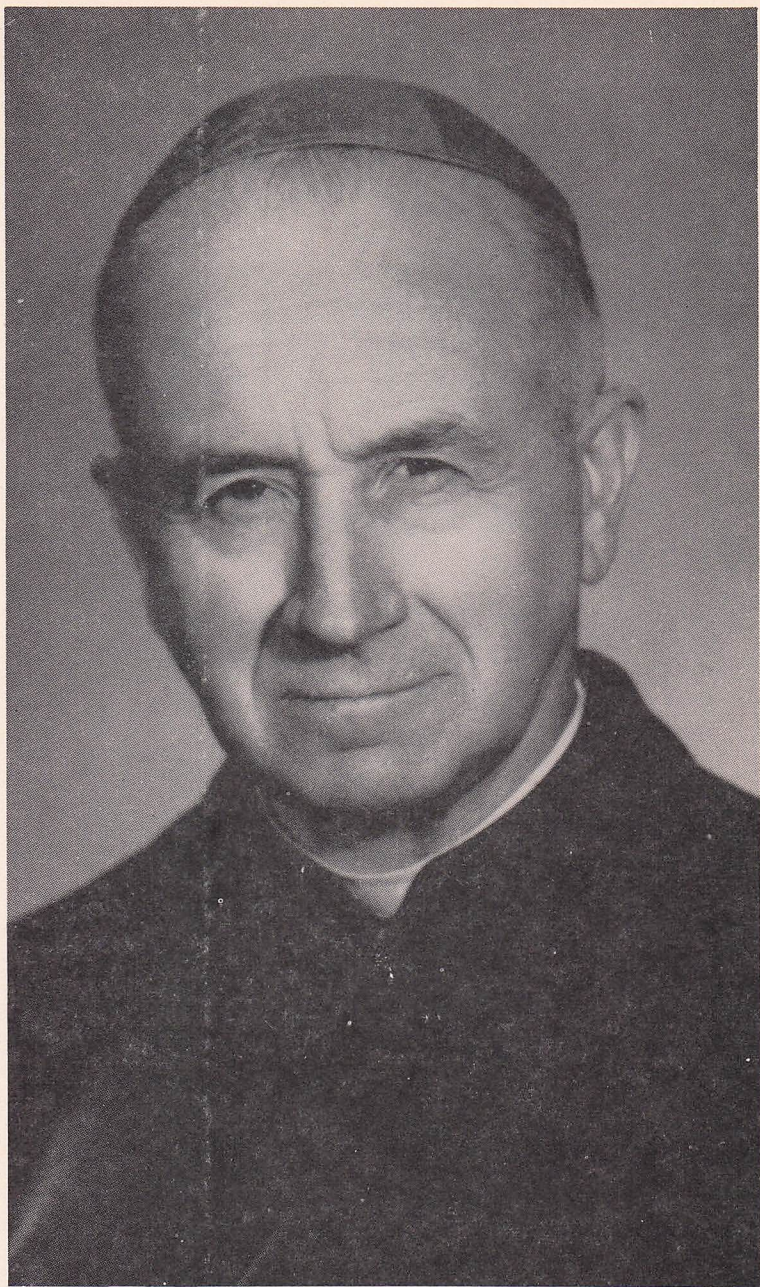
historia, no sólo en el ámbito de lo eclesial sino también en la historia política de un pueblo.

Y es importante registrarla, por encima de los gustos personales. Sería una falta de aprecio a las generaciones futuras, no mostrarles la fisonomía de quien, como en este caso, ha regido la vida pastoral de la Arquidiócesis de Salta, durante veinte años.

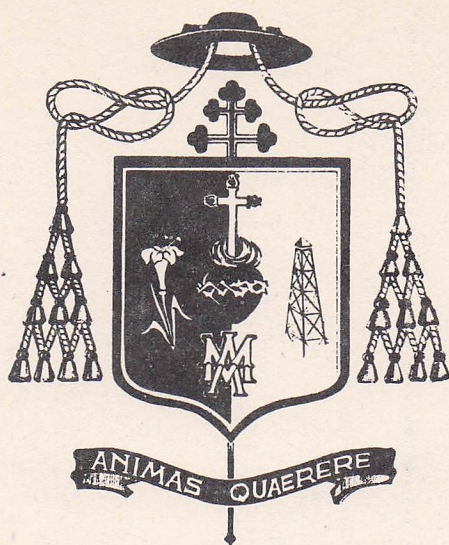
Debo reconocer, no obstante, a la luz del trato familiar que me unió con Monseñor Pérez en los veinte años de su ministerio en Salta, que nunca tuvo apetencias ni intenciones de "hacer historia". Simplemente vivió, y con intensidad, su hora. Más bien, esos veinte años estuvieron desprovistos de especulaciones "históricas". Lo familiar, (entiéndase cordialidad, respeto, aprecio, sencillez, humildad) no daba lugar para otras actitudes que no fueran las que surgían de su fidelidad y de su amor a lo evangélico.

No creo ni aspiro a agotar su figura. Estas líneas están exentas de estilo literario y de rigidez histórica. Me conformo con sugerir algunas "apostillas" a su personalidad, bajo el único prisma de su entrega total y sacrificada a la Iglesia de Salta.

"Buscar almas", fué el lema de Mons. Pérez. Se podrá compartir o no su estilo para hacerlo realidad. Pero nadie podrá negar que ésa fue su preocupación, su obsesión. Y la cumplió con generosidad paulina: "Impendar et superimpendar". Me gastaré y me desgastaré.



Monseñor Carlos Mariano Pérez



**ESCUDO ARZOBISPAL DE  
MONS. CARLOS MARIANO PÉREZ  
Segundo Arzobispo de Salta**

El escudo rodeado por los símbolos arzobispaes: el Capelo, las Borlas y la Cruz.

Consta de dos campos: El de la derecha, de color blanco, indica las riquezas del territorio de la Arquidiócesis de Salta, simbolizadas por la torre de petróleo que domina el campo, y es grato recuerdo de la lejana diócesis de Comodoro Rivadavia de la que fuera su primer Pastor.

El de la izquierda, de color azul, indica la caridad pacífica, y en el campo el Lirio de la Patagonia, el Siervo de Dios Ceferino Namuncurá.

Los demás símbolos: en el centro, el Corazón de Jesús coronado por la Cruz del Señor del Milagro; y en la parte inferior, el monograma de María Auxiliadora.

En la banda, al pie del escudo, el lema: ANIMAS QUERERE, "Buscar Almas", sublime herencia del Santo Fundador de la Sociedad Salesiana, San Juan Bosco, que sintetiza el anhelo de su corazón de PADRE Y PASTOR.

## **1. MONSEÑOR PEREZ Y SALTA**

Llegó desde Comodoro Rivadavia, su primera diócesis. Muchos kilómetros de distancia. Casi 5.000. Pero, sobre todo, entre la Patagonia y el Norte Argentino, mucha distancia cultural, social, política y religiosa.

Había sido en la Patagonia: sacerdote, director de colegios, inspector salesiano y Obispo. Ahora, en 1964, era el Arzobispo de Salta.

Salta no es una Provincia fácil (lo digo como hijo de esta tierra). Tampoco lo es la diócesis. Esta apreciación no pone en tela de juicio los méritos y la bondad del salteño. Pero hay toda una historia que ha marcado a Salta, con caracteres muy especiales. Hay costumbres, hay estilos de vida, hay valores netamente salteños. También hay desvalores propios.

Salta teje su historia sobre el trasfondo de familias

tradicionales que gestaron grandes momentos de su vida. Tiene estratos sociales bien diferenciados. Tiene un espíritu tradicionalista muy definido.

Para un hombre del sur, llegar a Salta es un verdadero trasplante. Frente a cuatro siglos de historia salteña, hay escasamente un siglo de vida participativa de la Patagonia, en la organización política del país. El tiempo de vida puede importar, pero mucho más importa la marca, el sello, la fisonomía que impone la historia.

Monseñor Pérez asumió esta distancia y estas diferencias. Probablemente haya habido un esfuerzo en esta adaptación, pero jamás lo dejó sentir. Fué su homenaje a Salta.

Asumir a Salta es asumir su religiosidad. Y decir religiosidad para los salteños es decir el Milagro.

La gestión episcopal de Monseñor Pérez comienza con las primeras euforias de la renovación conciliar, cuando aún los espíritus más serenos se sentían contagiados por el "aggiornamento" promovido por el Papa Bueno. Le resultaba duro aceptar la riqueza de una religiosidad popular profunda que tenía su sabor propio, su colorido espiritual propio. El Milagro camina junto con la historia política de Salta. Son cuatro siglos de crecimiento, de afirmación, de fidelidad.

El fervor religioso de Salta, en su Milagro, se expresa en la Novena cuyos textos vibran en los labios salteños desde hace más de cien años. A Monseñor Pérez le costaba aceptar esta modalidad.

Pero el tiempo y, sobre todo su sentido pastoral, le hicieron descubrir que el pueblo "oraba" su novena. Era su forma autóctona de piedad. A través de ella, el pueblo sentía el Milagro, se llenaba del Milagro, se identificaba con el Milagro. Descubrió que Salta se unía en la novena. Que toda Salta



la rezaba. Que era la oración del pueblo.

Y se convirtió en su fervoroso defensor. Incorporó a la novena las citas bíblicas de cada meditación, aportando así el punto de referencia para una renovación constante.

El Milagro lo conquistó... Sus exhortaciones pastorales, sus homilias de cada Milagro, la permanente invitación a los Sres. Obispos, su apoyo para convertir el tiempo del Milagro en tiempo de misión, su preocupación incansable para un mejoramiento del culto son indicadores evidentes de su amor al Milagro.

Pero asumir a Salta, es asumir sus tradiciones, su modo de vida.

Hombre de campo, Monseñor Pérez, sintonizó con el pueblo y sus costumbres. Su sencillez, su alegría, su sinceridad, su don de gentes caló en el pueblo. Y se sintió salteño. Pero además, la gente lo consideró y lo considerará un salteño más.

Las diferencias sociales no lo intimidaron; las resolvió con el diálogo abierto, sin crear preferencias o parcializar su servicio. Las puertas de su despacho y su habitual cordialidad eran para todos.

Se asoció a la tradición salteña con un respeto reverencial y cariñoso. La raigambre histórica de Salta motivó su propia tarea pastoral.

Es posible que su afición y versación sobre la historia nacional, le dieran la amplitud de miras para asumir esta realidad de Salta.



Monseñor Pérez llega a Salta el 11 de Abril de 1964, siendo aclamado por su grey.

## 2. MONSEÑOR PEREZ, PASTOR

Su natural vocación al diálogo y su sencillez, lo signaron como verdadero y auténtico Pastor. "Yo conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen a Mí" (Jo. 10,14)

Creaba alrededor suyo, el clima de la cordialidad y la confianza. Su variado anecdotario, salpicado de bromas y chistes, atraía la atención de los chicos... y de los grandes.

Fué Pastor en su palabra. Fué un Pastor-Catequista. No hay que buscar en su predicación el discurso grandilocuente o retórico ni se podrá descubrir la fogosidad del orador. Su palabra era la expresión de su vida: sencilla, modesta, espontánea, sin complicaciones.

Una palabra profunda en su sencillez. Era la abundancia del corazón que se hacía eco en sus labios. Palabra transparente, llena de Dios.

A veces esa abundancia del corazón prolongaba el

tiempo de sus homilias o predicaciones. El tiempo no corría para Monseñor Pérez. Le importaba el mensaje.

Tenía la sabiduría del hombre simple, adornada con la madurez de la experiencia. El consejo oportuno, la reflexión apropiada, la palabra precisa estaban siempre condimentando su vocación al diálogo. Era, simplemente, la palabra evangélica. Constructiva, alegre, esperanzadora. "Mis ovejas escuchan mi voz" (Jo. 10,4).

Fué Pastor en sus gestos. Nada podrá definir mejor su personalidad pastoral que calificarlo como "conciliador". "Un solo rebaño" (Jo. 10,16).

Es probable que no se lo haya entendido suficientemente. Es probable que muchos no lo hayan sabido interpretar. Es probable que en labios de muchos apareciera la acusación de debilidad o de indecisión.

Sin embargo, "conciliar" es un signo de fortaleza y de seguridad. Es más fácil imponer o decretar que conciliar.

En momentos particularmente difíciles, por la crisis provocada por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, un obispo me decía: "Monseñor Pérez ha manejado muy bien la situación; la ha comprendido y ha puesto su gota de aceite. No se han producido fracturas en sus diócesis".

Algunos hubieran preferido decisiones drásticas, pero no era su temperamento. Y hoy, a la distancia, con la objetividad del tiempo transcurrido, hay que respetar su modo de ser y agradecerlo.

Fué Pastor en sus obras: la catequesis, la vida parroquial, las instituciones laicales, recibieron siempre su apoyo y su aliento.

Su versación catequística era muy vasta. Su sentido de parroquia, fuerte. Este es un rasgo para resaltar, desde el

momento que jamás había ejercido el ministerio parroquial. Pero sintió la parroquia y la vivió.

Fué preciso y claro en sus orientaciones. La labor institucional del laicado también mereció su atención de Pastor. Seguía con interés el desarrollo y el crecimiento de los grupos apostólicos.

Fué pastor en su modestia. Gustaba del servicio y rechazaba lo llamativo. En él se cumplía lo del Evangelio: la sencillez y la astucia. Una santa astucia por el Reino de Dios.

Fué Pastor por su incansable vocación y capacidad de trabajo. Largo sería enumerar los momentos cumbres de su ministerio que demuestran este servicio. Pero no puedo omitir un encuentro personal, que lo pinta "de cuerpo entero".

Era el año de sus Bodas de Plata Episcopales y tratábamos de ordenar la atención pastoral de las parroquias de la diócesis. Monseñor había tenido altibajos en su salud y se notaba cierto cansancio. Me incliné a proponerle:

— Monseñor; creo que Ud. debe cuidarse y descansar. Si le parece atenderé las parroquias del interior para que Ud. visite las de la ciudad.

— Sabes?, yo descanso cuando visito la campaña.

— Entonces, tome Ud. las parroquias del interior más cercanas.

— Es que me gustan también las otras.

Genio y figura.



Monseñor Pérez acompañado de Monseñor Raúl A. Casado, en un acto del VII Congreso Eucarístico Nacional.

### **3. MONSEÑOR PEREZ, SACERDOTE DE CORAZON**

Ingresó en la Congregación Salesiana, concluidos sus estudios secundarios. Y, en 1983, cubrió cincuenta años de vida sacerdotal. Una vida plena que nacía de un corazón sacerdotalmente maduro. No sólo en el aprecio de su vocación, que era motivo de continuo agradecimiento, sino por su profundo amor al sacerdocio, a los sacerdotes.

Será muy difícil, casi imposible, encontrar en su conversación un juicio que hiriera o rozara el prestigio o la dignidad de sus sacerdotes. Prefería el silencio. El silencio de la prudencia y de la caridad.

“El amor todo lo disculpa, tiene una confianza ilimitada, nunca pierde la esperanza, todo lo soporta” (I Cor. 13,7).

Es tan grande el sacerdocio que una palabra puede opacar su grandeza. Es, a la manera del cristal, que se entur-

bia con el aliento.

Alguna vez, se le sugirió una medida de cierta cru-  
deza, en vistas a respaldar la fe del pueblo, ante un compor-  
tamiento sacerdotal poco prudente. "El pueblo tiene sentido  
de fe; sabe comprender y perdonar", dijo.

Su corazón sacerdotal fué un corazón doliente. Su-  
fría con sus sacerdotes y sufría por sus sacerdotes. Tenía  
una debilidad pastoral: los sacerdotes enfermos. No era  
necesario reiterar la noticia y ya había encontrado la forma  
de hacerse presente de inmediato en la casa, en el sanatorio,  
o en el hospital. Luego venían sus visitas diarias y su preocu-  
pación constante por lo espiritual y por lo material.

Un corazón sacerdotalmente maduro se realiza en la  
caridad. En labios de Monseñor Pérez, pueden ponerse con  
justeza, las palabras de San Agustín: Para ustedes, soy  
obispo; con ustedes soy sacerdote". Por eso se lo encon-  
traba supliendo las ausencias de sus sacerdotes en las pa-  
rroquias; colaborando en el ministerio de la reconciliación  
con paciencia ejemplar, cumpliendo el servicio sacerdotal  
de urgencia, el primer día de cada mes, brindando su minis-  
terio con entrega total.

Un corazón sacerdotal es un corazón marcado para  
el sacrificio. Como Cristo, el sacerdote es, a la vez, altar y  
víctima. Y como en Cristo, el sacrificio sacerdotal se refugia  
en el silencio. Un silencio de oblación. "Completo en mi  
carne lo que falta a la pasión de Cristo, cuyo ministro soy"  
(Col. 1,24).

No recuerdo haberle oído una queja o una expresión  
de dolor, a pesar de sus años y de algunos problemas perso-  
nales de salud. Las veces que estuvo enfermo, ni siquiera  
insinuaba su estado, mucho menos su dolor. Había que  
extremar preguntas o urgir respuestas para saber de sus  
dolencias.



En este silencio oblato entiendo su sacerdocio. "Estoy crucificado con Cristo" (Gal 2,19).

Sacrificio, silencio y cruz sacerdotales, vividos hacia una meta: la unidad. El corazón sacerdotal es el corazón de Cristo en la última Cena: "que todos sean uno, como el Padre y Yo somos uno" (Jo. 17,22).

La unidad fue razón de su vida sacerdotal y de su ministerio episcopal y el bien más deseado para sus sacerdotes y para su pueblo.

En ocasión de inaugurarse el Año Eucarístico, preparatorio a la realización del VII Congreso Eucarístico Nacional, ante la casi unánime presencia del clero salteño y la multitudinaria presencia del pueblo, me atreví decirle: "Qué sorpresa la de esta tarde". Me contestó: "Cuando estamos unidos, no tenemos que sorprendernos, porque Dios está obrando".

En aras de esa unidad se explican su presencia constante en el Consejo presbiteral, en los decanatos, en las reuniones presbiterales y su presidencia ineludible en los Ejercicios Espirituales del Clero.

Un corazón sacerdotal, plasmado sobre el de Cristo.



Monseñor Pérez en una ceremonia en el Altar del Señor del Milagro.

#### **4. MONSEÑOR PEREZ, VARON JUSTO**

Para la espiritualidad cristiana, hay cuatro virtudes que cimientan su vitalidad. Se llaman virtudes cardinales: fortaleza, justicia, templanza y prudencia. De hecho no se las puede separar. Pero si es posible elegir una para definir la personalidad de Monseñor Pérez, habría que inclinarse por la prudencia.

No suele encontrar mucho aprecio entre los cristianos, porque ordinariamente se la pretende asimilar a cierta temerosidad o se la vincula con la indecisión en actos de gobierno o en determinaciones.

La prudencia no se impone; la prudencia convence. Lo impositivo, suele producir aparentemente efectos más rápidos y exitosos; pero la prudencia da una eficacia más profunda y permanente.

El Papa Luciani escribía en "Ilustrísimos Varones":

“Si gobiernas, sé prudente”. Es decir: “Ten metidos en la cabeza algunos principios básicos y trata de adaptarlos a las circunstancias de la vida”. Y añadía: “Trata de saber y al mismo tiempo de comprender. Poseer principios y aplicarlos a la realidad: he ahí el fundamento de la prudencia”.

La prudencia, en otras palabras, es la síntesis de la “sabiduría que atrae con suavidad al hombre, a la búsqueda de la verdad y del bien” (GS 15), y de una flexibilidad criteriosa frente a los hechos. Ser flexible criteriosamente no es ser cambiante e inestable. No es negar la validez de los principios sino darles su enriquecimiento para iluminar las situaciones concretas. Es ponerle vida a los principios.

La prudencia no es solo una virtud, es un arte. El arte de gobernar. La prudencia no es exhibicionista, no hace alarde, no busca ambiciosamente. Los antiguos la definían con estas palabras: “Fortiter in re, suaviter in modo”. Firme en los principios, comprensivo en los modales.

El servicio pastoral de Monseñor Pérez, tuvo siempre el ritmo de la prudencia, porque su primera convicción, su primer principio fué siempre el respeto al hombre y a su dignidad. No se sirvió de nadie. Sirvió a todos. En ello radica su justicia.

Sirvió sin violencia, pero con firmeza, sin gestos duros pero con seguridad.

El Obispo no es un estadista. Es un servidor. Con las virtudes del servidor de la parábola. “Siervo fiel y prudente” (Mt. 25,21). En un estadista admiramos el brillo de sus estrategias, los logros de su política. En un servidor admiramos su fidelidad.

A quienes lo hemos conocido no sorprenderá que pueda afirmarse que la prudencia y la fidelidad fueron las líneas rectoras de su pastoreo. Por eso, puede llamársele

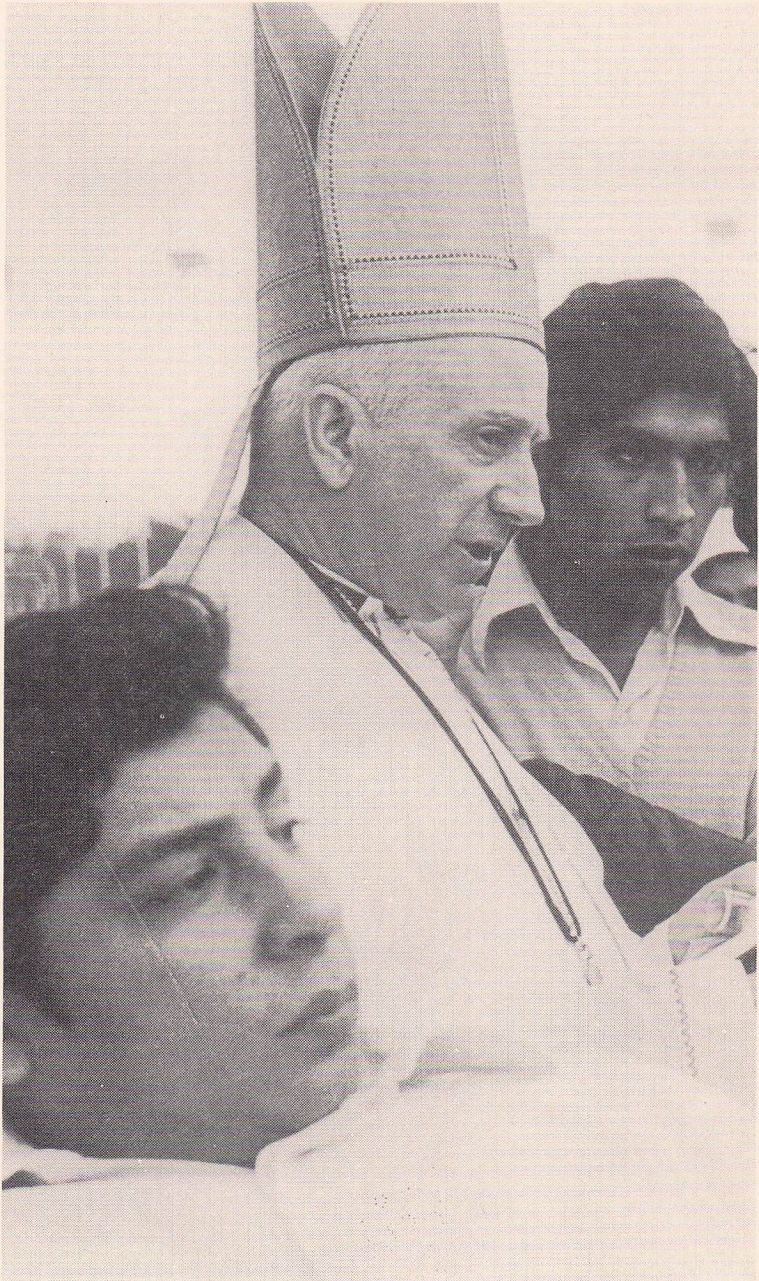
“varón justo”.

Este título lo aplica el Evangelio de Mateo a José, cuando lucha en su interior para defender la fidelidad de María; prefiere el repudio en secreto antes que mancillarla con su pensamiento.

El servicio pastoral no puede admitir la doblez; debe ser limpio, traslúcido, sin segundas intenciones, sin pensar mal.

Así fué Monseñor Pérez. Prefería luchar en su interior, antes que ofender ni siquiera con el pensamiento, la rectitud del obrar de los demás.

No se puede ser prudente ni justo sin serenidad. Y ésta fué también una constante en la vida de Monseñor. “Cuando dos discuten, decía, gana el que no pierde la serenidad”.



Monseñor Pérez en oportunidad del VII Congreso Eucarístico Nacional.

## 5. MONSEÑOR PEREZ, HOMBRE DE ORACION

Sabes, (me decía un día que lo acompañaba en el automóvil) que desde la Curia al Aeropuerto hay la distancia de un rosario?... “En el primer misterio...”

El sacerdote, porque es mediador, debe ser hombre de oración. La oración del sacerdote es, al mismo tiempo, personal, comunitaria y litúrgica. Porque toda su vida debe ser oración.

Monseñor Pérez, era hombre de oración. Porque la vivía. Y la vivía en la alegría y en el dolor. Todos los problemas los solucionaba desde la oración. Cuesta aceptar, cuando los problemas ahogan o cuando los conflictos arrecian, que la solución pase por la oración. Pero esto es evangélico. Y por eso es verdad.

La oración de Mons. Pérez era su propia vida; simple y profunda. Por eso, su recurso permanente a orar. Sim-

ple como la del Fariarca de Asís: "Haz de mí un instrumento de tu paz". Y era paz, lo que se percibía al hablar con él. La paz de Dios que se gusta en la oración. La paz de un hombre de Dios.

Su oración no era evasiva de problemas. Por ser profunda era concreta y real. Por ser profunda era actualizada.

Cierto predicador parangonaba un diálogo de Juan Ramón Jiménez, en Platero y yo, con las condiciones de la oración. Platero junto al pozo se sorprende porque asomándose al brocal, ve en el fondo el resplandor de las estrellas. El poeta, disipa la turbación de Platero diciéndole que ello es posible porque el pozo está abierto, porque el agua es limpia, está quieta y es profunda.

La verdadera oración reúne también esas condiciones. Tiene que nacer de un corazón generoso, abierto, con las palpitations de Dios. Tiene que brotar de un corazón nuevo, convertido; debe tener la quietud del espíritu; debe arrancar desde la humildad.

No me cuesta afirmar que así fué su oración: abierta, traslúcida, en paz, humilde. Sin amaneramientos.

Para ello, tenía una capacidad especial. Una inclinación especial. No será, de ninguna manera irreverente, poner en labios de Monseñor Pérez, la comprobación gozosa de Santa Teresa: "Solo Dios basta".

Era frecuente oírle decir: "Es una elegancia de la Providencia". refiriéndose a gracias concedidas o a trámites felizmente concluidos. Este sentido de la Providencia le daba la tranquilidad y la serenidad que irradiaba. "Si Dios viste así la hierba de los campos, que hoy existe y mañana será echada al fuego, cuánto más hará por ustedes, hombres de poca fe!".

La oración de Mons. Pérez, no puede ser medida por



actos o gestos de oración, que fueron muchos y continuos. Se la mide por su vida. Vivía en estado de oración, que es lo mismo que decir que vivía el encuentro de la presencia de Dios. Un estado de amistad y de diálogo interior.

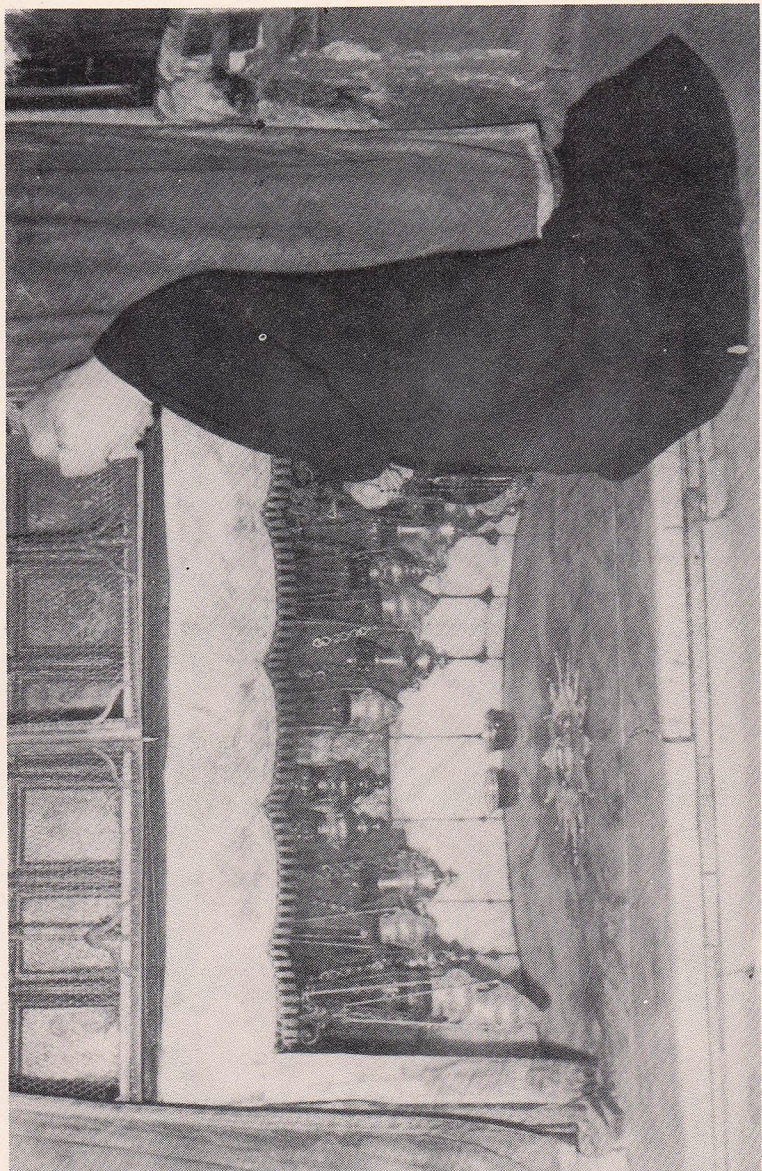
Pero, me inclino a resaltar, al menos dos virtudes que fundamentaban su oración: la fe y la paciencia.

Un hombre de oración es siempre un hombre de fe, porque la fe sustenta el diálogo de la vida con Dios, porque la fe mantiene vivo el encuentro. Esa fe era la razón de su oración.

Pero la oración vital es lucha y combate. "Conviene orar, siempre y no desfallecer" (Lc. 18,10). La paciencia se incorpora así al espíritu de oración. Paciencia en descubrir a Dios siempre. "No hay que ir de prisa, si queremos encontrar a Dios" (Loew), pero paciencia también en la perseverancia, que es "la cualidad de un ser que se mantiene en pié" (Loew).

Hablar de Mons. Pérez, como hombre de oración, es reconocer en él una honda estabilidad espiritual y una firmeza interior envidiable.

Las palabras huelgan. Su vida era el testimonio.



Monseñor Pérez en Tierra Santa, en la Gruta de Belén.

## 6. MONSEÑOR PEREZ, AMIGO

Qué habría sido de la Buena Nueva de Jesús sin esos discípulos amigos que fueron los apóstoles y los evangelistas? (Leep).

La amistad desempeña en la vida de los hombres un papel de primerísimo plano (Leep).

Tanto desde el punto de vista humano como cristiano y evangélico, la amistad es un bien. Sin embargo, la amistad sacerdotal no suele tener con frecuencia, la vitalidad y fuerza que sería necesario mostrar. La amistad sacerdotal debiera ser la consecuencia lógica de la fraternidad sacramental que comparten todos los sacerdotes y de la fraternidad pastoral que motiva el ministerio sagrado.

Toda amistad, supone una cierta sintonía espiritual que se expresa en una sólida confianza y en la necesidad de un encuentro dialogal, que ponga en común iniciativas,

preocupaciones, esperanzas, proyectos, realidades.

Una verdadera amistad se asienta en el mutuo respeto.

En esta trama, compleja y rica, la amistad se resuelve en unidad.

En Salta, Monseñor Pérez cosechó amigos. Fueron familias amigas, sacerdotes amigos, laicos amigos. Y esto es particularmente significativo, porque la función pública, también en la Iglesia, no crea el clima propicio para la amistad. Quedan resabios de un distanciamiento reverencial que no la favorece. La amistad, se resuelve a través de una delicadeza extrema que concilie la reserva de las responsabilidades y la confianza de la amistad.

Por eso, suele hablarse del "privilegio" de la amistad, cuando se refiere a personas que, dada su posición en la vida pública, suelen abrirse a esta riqueza espiritual.

Este equilibrio se dió en Mons. Pérez. Fue amigo, sin perder la "reserva" de su investidura, y fue amigo porque supo dar y recibir confianza. Se establecía, de esta manera la reciprocidad de la amistad.

Aunque pueda parecer una expresión no muy exacta para definir esta situación, se puede afirmar que Mons. Pérez, hacía sentir cómodos a todos. "Encontrar un hombre de prestigio que quiera convertirse en amigo, es una gran suerte en la vida. Gracias a él, pueden actualizarse al máximo las propias virtualidades" (Leep).

Pero, si bien es cierto que fueron muchos sus amigos, es justo reconocer graduaciones, niveles, modos diferentes. "No todas las amistades se sitúan a la misma altura; hay algunas más merecedoras que otras de este hermoso nombre de amistad" (Leep).

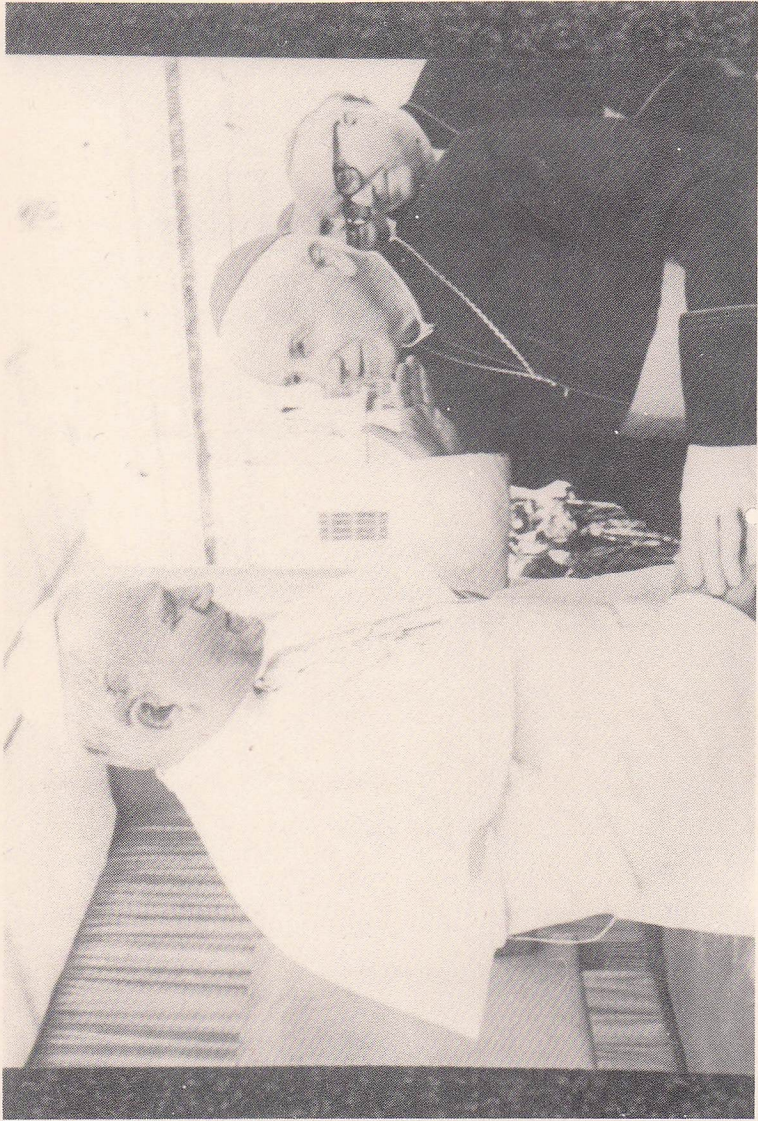
La amistad, vulgarmente entendida, suele identificarse con lo afectivo, con lo sentimental, con lo emocional. Sin embargo, la amistad profunda echa raíces en lo espiritual. Platón decía que “el amigo era la mitad de su alma” (*Amicus dimidium animae meae*). Asumida desde el espíritu, la amistad tiene mayor hondura, mayor estabilidad.

De este orden, fue la amistad de Mons. Pérez.

Y, a la hora de encontrar razones que la expliquen, es forzoso descubrir que su amistad fué así, porque era una amistad en Dios.

Una amistad embebida de la caridad evangélica, una amistad por el reino de los cielos, una amistad sacerdotal.

“Ustedes son mis amigos porque les he dado a conocer todo lo que he oído del Padre” (Jo. 15,5).



Monseñor Pérez con Su Santidad Juan Pablo II.

## **7. MONSEÑOR PEREZ, EDUCADOR**

La educación pertenece al contenido integral de la evangelización, dice Puebla (DP 1013). Un pastor, que es evangelizador por excelencia, no puede desentenderse de la educación.

Mons. Pérez había bebido del carisma de la educación en su vida salesiana.

Llega a Salta el 11 de abril de 1964. La Universidad Católica había sido fundada por el primer Arzobispo monseñor Roberto José Tavella, mediante Decreto del 19 de marzo de 1963. Pero sólo dos meses después, el 21 de mayo, moría monseñor Tavella, estando la obra de la Universidad recién iniciada.

Toda obra trascendente, y la Universidad lo era, necesita de un inspirador y de un ejecutor. Mons. Tavella había sido el artífice inspirador; a Mons. Pérez le correspondería ser el brazo ejecutor.

Y esto no sin grandes dificultades y con una gran dosis de firmeza y prudencia. Hay que poner de relieve el tiempo de gestación de la UCSA en la década del 60, con la gran eclosión universitaria, los permanentes planteos ideológicos, la escasez de profesores, las penurias de su sostenimiento, la urgencia de la infraestructura edilicia, y poco después el alejamiento de los padres Jesuítas, para medir la tarea de Mons. Pérez.

El juicio crítico a este trabajo silencioso, duro y sacrificado, lleno de incomprensiones, se descubre en el Evangelio: "Por sus frutos, lo conocerán" (Mt. 7,15). Al cabo de veinte años, los frutos atestiguan la bondad del árbol.

La educación, es una de esas tareas humanas que difícilmente encuentren el reconocimiento explícito por parte de la comunidad. Salta le debe a Mons. Pérez un gesto de gratitud por su obra educadora.

Del ámbito universitario hay que mirar al Seminario, cenáculo de la formación sacerdotal.

La formación de sus seminaristas fué una de sus preocupaciones prioritarias. El Seminario Menor fué objeto de sus visitas frecuentes y de una atención especial en su desenvolvimiento y marcha. La conclusión de los trabajos de construcción del nuevo seminario y el promisor incremento de vocaciones, son índice de su celo educativo.

Si bien es cierto que Salta no tuvo, bajo su gestión, Seminario Mayor, la comunión eclesial de bienes, puesta de manifiesto por el Arzobispo de La Plata, permitió que los seminaristas de Salta, cursaran sus estudios en el Seminario San José. Era la meta fija de sus viajes a Buenos Aires, para conversar con sus seminaristas, para interesarse por su vida espiritual, para recoger sus problemas, para alentarlos en sus dificultades.



En vacaciones, alrededor de la mesa eucarística y de la mesa episcopal, estaban siempre los seminaristas. Era el Pastor dando forma a su rebaño. "Episcopus forma gregis ex animo".

Como eximio educador, fué también cordial en su relación con el Bachillerato Humanista Moderno, fundado por su predecesor. En los comienzos de su gestión, pudo notársele temeroso o receloso de la obra, pero luego percibió la importancia de la misma, a la que brindó su apoyo sin reservas.

Las escuelas parroquiales recibieron siempre su estímulo. Son prueba de ello: Escuela Parroquial de La Merced, Betania del Sdo. Corazón, Martín Fierro, Ntra. Sra. de la Candelaria, el Instituto San Bernardo de Cnel. Moldes, el Instituto de Rosario de Lerma, el Instituto San Fco. Solano de El Galpón, la Escuela Ceferino Namuncurá, entre otros.

Un gesto característico y que lo pinta con claridad era su visita a las Escuelas. En sus andanzas pastorales, la escuela era el lugar referencial por excelencia. Las escuelas edificadas, al costado de los caminos, recibían siempre su sorpresiva visita, durante sus giras misioneras.

Educar es misión de la Iglesia. También lo fue de Monseñor Pérez.



Monseñor Pérez rodeado de un grupo de alumnas.

## **8. MONSEÑOR PEREZ, SALESIANO**

“A unos, les comunicó el don de ser apóstoles, a otros, profetas, a otros, predicadores del Evangelio; a otros, maestros. Así organizó a los santos para la obra del ministerio, en orden a la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef. 4,11).

Me siento tentado a interpretar este texto diciendo que la variedad de carismas, puestos de manifiesto por el Apóstol, se expresan en la Iglesia, entre otras tantas manifestaciones, en la pluriforme presencia de congregaciones y órdenes religiosas. Asumiendo la común espiritualidad del Evangelio, acentúan matices que configuran su carisma propio.

Mons. Pérez, vivió su “ministerio en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo”, desde la espiritualidad salesiana. Vivió su vocación de Pastor “salesianamente”.

No era raro escuchar, viendo sus modos, actitudes,

comportamientos y mentalidad: "Es salesiano!". Para unos significaba un claro estilo de vida, para otros, esa misma expresión no estaba exenta de ironía.

Este "carisma" salesiano se amparaba en tres motivaciones centrales: María Auxiliadora, Don Bosco y Ceferino Namuncurá.

La devoción a María Auxiliadora es particularmente característica de la espiritualidad salesiana. El "opportune et importune" de que habla San Pablo con relación a la palabra de Dios, no sería forzado aplicarlo a los salesianos, con respecto a la devoción a María Auxiliadora. Donde hay un salesiano, allí está ella.

Mons. Pérez compartió este espíritu mariano y salesiano. El hecho de que su muerte aconteciera a la sombra de su santuario en Fortín Mercedes, no es una recompensa de María a un hijo dilecto? El gran mural que hoy flanquea las paredes de este templo, encuentra a María Auxiliadora y Mons. Pérez unidos.

El otro punto de apoyo salesiano es su propio Fundador, de quien Mons. Pérez decía siempre: "Fué sacerdote diocesano". Don Bosco fué sacerdote, educador y maestro. Fué un santo.

De Don Bosco, Mons. Pérez conocía palabras, mensajes, anécdotas. Conocía su "vida", entendiendo por "vida" todo aquello que hace a la interioridad de la persona, a su estilo de vida, a su mística. Este conocimiento es el que va plasmando la genuina espiritualidad salesiana que, en definitiva, no es otra cosa que sentirse atrapado y subyugado por la personalidad de Don Bosco.

Un sacerdote decía: "Pocos salesianos, deben tener un conocimiento tan profundo y vital de Don Bosco, como Mons. Pérez".

Esta vivencia la proyectaba con sencillez y cariño en sus conversaciones. Era su identificación con Don Bosco.

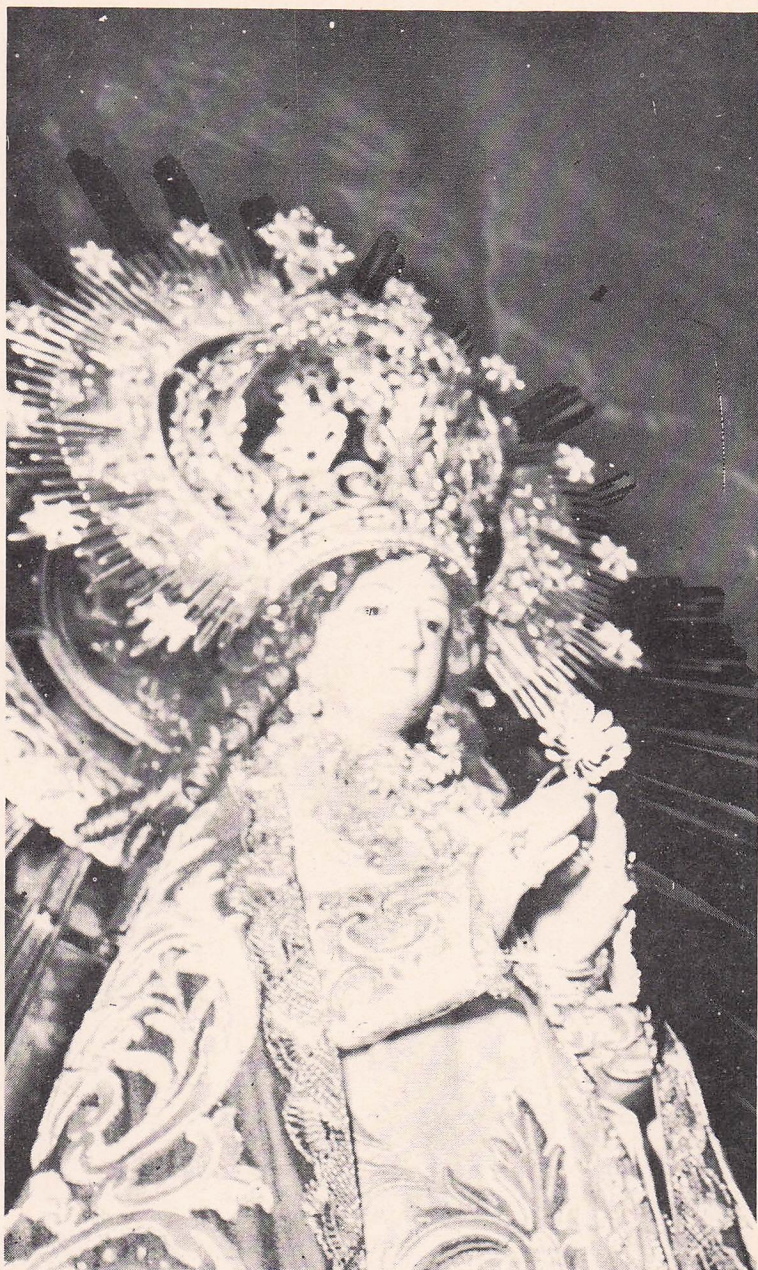
No es posible hablar de Mons. Pérez sin una referencia al Lirio de las pampas: Ceferino Namuncurá. Su preferente devoción a Ceferino queda consagrada en su Escudo Episcopal, lo cual no es meramente decorativo, sino la expresión de su confianza y admiración a este hijo de las misiones salesianas de la Patagonia.

De Ceferino conocía también "vida y milagros". El propio hecho de haberse salvado en un accidente aéreo, tenía como destinatario a Ceferino.

Será por eso, que el primer descanso de sus restos se realizó junto a las cenizas de Ceferino?

Importa destacar sobre esta faceta de la semblanza de Mons. Pérez (aunque se discrepe en su estilo) la autenticidad en vivir su carisma. Y, a la hora de la verdad, lo que importa, en última instancia, es el haber vivido auténticamente.

Es la gran lección que debemos agradecerle.



Monseñor Pérez dispuso, por primera vez, la peregrinación de la Imagen de la Virgen del Milagro por la arquidiócesis de Salta.

## **9. MONSEÑOR PEREZ Y LA SANTISIMA VIRGEN**

Parece reiterativo que, reconociendo en Monseñor Pérez un corazón sacerdotal, nos inclinemos a hablar de su espíritu mariano. Un sacerdote, puede no ser mariano?

La permanente inmolación del sacerdote necesita del auxilio de María, "esa realidad tan hondamente humana y santa que suscita en los creyentes, las plegarias de la ternura, del dolor y de la esperanza" (DP 291).

La cruz compartida es siempre menos cruz. La cruz sacerdotal compartida con la Madre nos hace gustar de la cruz.

La realidad oblativa de su vida sacerdotal puede quedar testimoniada con las palabras de su Exhortación Pastoral, en mayo de 1979: "Comer la carne de Cristo, es comer la carne de María; beber la sangre de Cristo es beber la sangre de María. Porque la Eucaristía, Pan de Vida, continúa

la Encarnación a través de los siglos. Y así como María se ofreció y nos ofreció a su Hijo en Nazareth, sigue ofreciéndose y ofreciéndonos a Cristo en cada mesa eucarística, haciendo que en cada encuentro sacramental entremos en comunión con El, obremos con El, hagamos de nuestra vida, junto a la de Cristo, una misa de ofrecimiento, de inmolación, de entrega. María es el camino hacia Cristo”.

Vuelvo a preguntar: puede haber un corazón sacerdotal que no sea también mariano?

La oración mariana de Monseñor Pérez, nació de su sencillez espiritual, pero también de su profundidad sacerdotal. Era devoción de hijo y de sacerdote. Devoción del hijo en la confianza y en la entrega; devoción del sacerdote en el ofrecimiento por María.

Hay expresiones que espontáneamente descubren nuestro interior. Cuando Mons. Pérez invitaba a la oración mariana decía: “Recemos un rosarito...”. En diminutivo. Simple, transparente, diáfano. Habrá otra manera de hablar con la Madre?

Pero también su oración mariana era sacerdotal. Todo ofrecido, todo entregado; todo asumido en María: preocupaciones, problemas, angustias, sinsabores, incomprendiones. Pero siempre con un corazón agradecido, eucarístico.

Le correspondió a Mons. Pérez, por primera vez en la historia de Salta, disponer la peregrinación de la Imagen de María del Milagro, por toda la diócesis. Era en mayo de 1979. Decía en su Exhortación: “María ayer fue camino de unidad en la aceptación de la voluntad de Dios, hoy lo es su presencia en la imagen bendita del Milagro recorriendo nuestras parroquias, células vitales de la Iglesia, llegándose hasta nuestro Seminario, corazón de la diócesis y parte elegida de la heredad del Señor, visitando barrios, institucio-



nes, escuelas, cárceles, hospitales; en una palabra, llamando a todos a su corazón”.

Entonces brotaba su agradecimiento:

“Gracias Madre, por habernos permitido realizar contigo una verdadera misión mariana;

Gracias por haber sido Tú, la misionera eficaz e indiscutida;

Gracias por tu estilo misionero de sencillez y simplicidad;

Gracias por las almas que, merced a tu mediación, volvieron a Dios;

Gracias por el don de la unidad que se afianzó a tu paso;

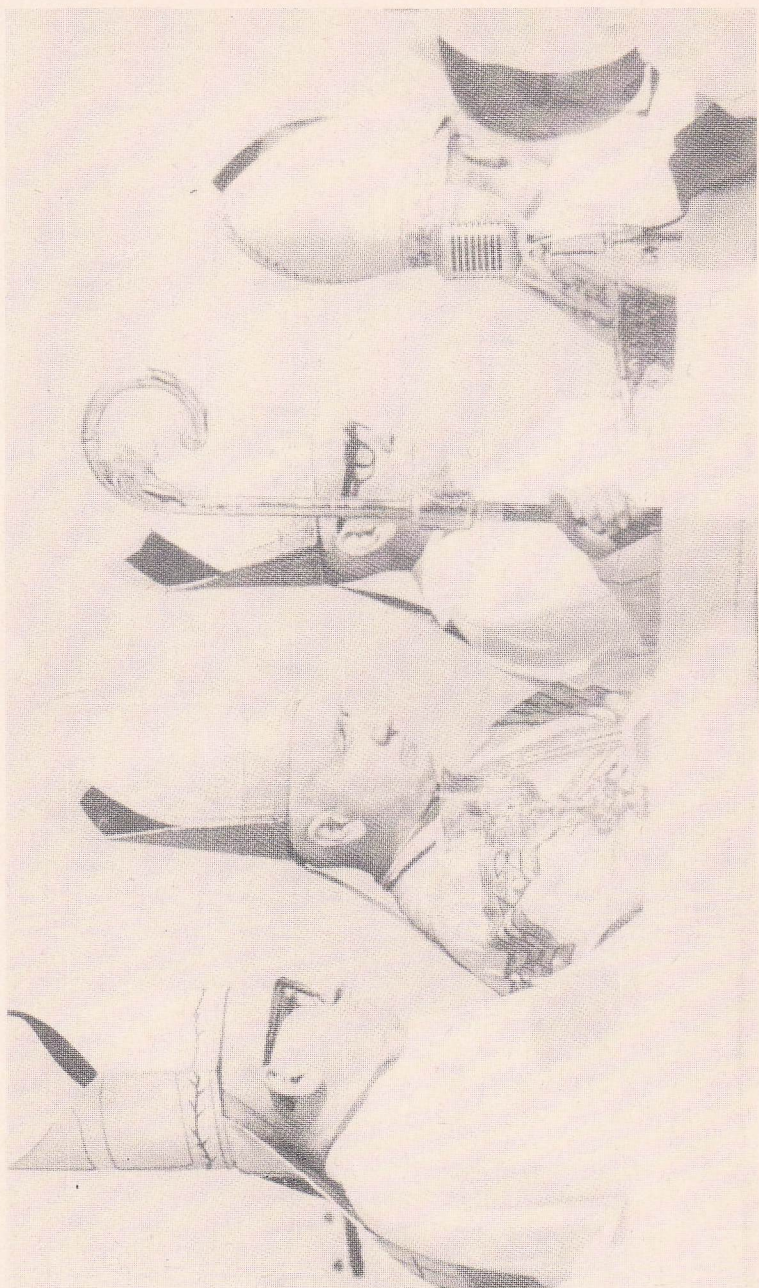
Gracias por las bendiciones, los favores, los dones derramados sin cesar;

Gracias por las almas que se abrieron al llamado del Señor;

Gracias por todo!”

Hoy sus restos descansan para siempre a los pies de Ntra. Sra. del Milagro, en espera de la resurrección.

Su muerte acaeció un 25 de marzo de 1985, el día de la Anunciación.



Monseñor Pérez preside una misa concelebrada del VII Congreso Eucarístico Nacional acompañado de otros prelatos.

## 10. MONSEÑOR PEREZ, EUCARISTICO

Salta vivió en 1974, uno de los acontecimientos más importantes de su historia religiosa: el VII Congreso Eucarístico Nacional.

En su Exhortación Pastoral de noviembre de 1972, Mons. Pérez intentaba alguna explicación: "Porque si Salta puede ofrecer a la Patria las extraordinarias bellezas, con que la mano de Dios la ha bendecido, no es menos cierto que, con mucha mayor razón puede ofrecer la riqueza inapreciable de su piedad, de su devoción, de su religiosidad, de su secular adhesión al Cristo?".

Sin embargo, existe algún derecho para esbozar algún otro motivo para esta elección, quizás no pensado por los hombres, pero donde aparece el gesto de Dios. El VII Congreso Eucarístico Nacional premiaba el fervor eucarístico del entonces arzobispo de Salta.

Podrá parecer excesiva o muy subjetiva esta afirmación. Pero como es cierto que Dios dirige la historia con hechos y hombres concretos, es seguro que Dios algo quiso decir.

El sentir eucarístico de Mons. Pérez puede reflexionarse desde dos vertientes: su doctrina sobre la Eucaristía y su vivencia de la Eucaristía. Doctrina y vivencia mutuamente relacionadas e influyentes.

La larga preparación al VII Congreso Eucarístico Nacional fue oportunidad para mostrar su sólida doctrina iluminando este hecho eclesial.

Hay que limitarse a presentar, a manera de un pálido muestreo, sólo algunos conceptos, entre los cuales parecen resaltar los de su homilía de la Festividad de Corpus Christi en 1974.

“La vida de Cristo, asumida con amor en la Eucaristía, penetra la inteligencia con el don de la fe, la voluntad por la gracia de la caridad y todo el accionar de la vida cristiana por la esperanza alegre de la inmortalidad. Cristo nos hace fuertes eucarísticamente, como el manantial al río, como la cepa a los sarmientos, como el sol al brillo de la luz”.

Y en otra parte: “La eucaristía en un mundo sofocado por el egoísmo y la codicia organizada, es siempre una réplica, una impugnación, una actitud contestataria. Porque en ella conmemoramos y vivimos un amor sin límites que no se detiene ni ante el enemigo ni ante la muerte. Para el enemigo tiene las palabras: “Padre, perdónalos...” y para la muerte, la victoria con que la vence con la suya, para dar vida”.

“Hoy quizás no falta el pan, pero sobra egoísmo. El Cuerpo de Cristo que a todos se da, nos quiere invitar a no despachar con una limosna, las exigencias del amor”.

Podrían multiplicarse las citas, pero en homenaje a la brevedad y al sentido de estas líneas, conviene mirar ahora su vivencia eucarística.

Sin lugar a dudas, el centro de su vida era "su" misa. Era "su misa", porque para Mons. Pérez, la celebración eucarística de cada día no era una obligación, era una gozosa necesidad.

Le gustaba compartirla en su capilla privada con el personal de la casa, con invitados previstos o imprevistos, con los seminaristas. Se sentía cómodo con su misa.

Después de sus viajes, a veces largos y cansadores y antes de un breve descanso, a la hora que fuera, primero era la eucaristía.

Solía con frecuencia celebrar también en la Catedral. Prestigió por largos años los viernes del Señor del Milagro. La gente extrañaba su ausencia. Formaba parte del culto al Milagro.

Sus misas eran preparadas y sin apresuramientos. Attente ac devote, como decía la vieja y sabia liturgia.

A partir de su misa, venían las largas visitas al Santísimo en su oratorio, su meditación diaria ante el Cristo eucarístico y algunas "escapadas" de su despacho oficial cuando las audiencias le dejaban algún respiro.

Una vida pastoral profunda no sólo no puede prescindir de la Eucarstía, sino que ésta la marca y la sustenta.

## **11. MONSEÑOR PEREZ Y LA COMUNIDAD CIVIL**

Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. (Mc. 12,11).

Este principio evangélico que regula la relación Iglesia-Estado, cobra especial significación en la vida de un Pastor.

La tarea episcopal debe cumplirse dentro del marco de una comunidad políticamente organizada. El servicio espiritual y el servicio temporal están, sobre todo en las regiones del NOA, referidos permanentemente el uno al otro. Serán los actos protocolares, las manifestaciones cívicas, los encuentros en fiestas religiosas, los problemas que afectan tanto a la Iglesia como al Estado. Por lo cual, una recta relación y armonía es siempre necesaria. La claridad en las relaciones y el equilibrio en el trato, son exigencias de la vida pastoral.

La Iglesia no debe ni puede atarse a las estructuras políticas, sin riesgo de comprometer su propia identidad y misión. Por eso, no es una tarea fácil no solo por la necesidad de una extremada prudencia sino porque cualquier desfasaje puede afectar su independencia.

En los veinte años de pastoreo en Salta, deben haberse sucedido otros tantos equipos de gobierno, con matices políticos variados, con instancias sociales e institucionales diversas, con enfoques distintos. Más aún le tocó pastorear el conflictivo tiempo del terrorismo con las connotaciones y secuelas que la historia con serenidad sabrá juzgar, pero que en su momento, pusieron a prueba la ecuanimidad, la prudencia y la sabiduría del Pastor.

“La Iglesia, dice Puebla N° 515, siente como su deber y derecho estar presente en este campo de la realidad; porque el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política”.

El compromiso pastoral de Mons. Pérez con la vida política de Salta fué un compromiso de puertas abiertas, sin exclusiones o preferencias. Este compromiso se hacía respeto y cordialidad en las relaciones con los poderes constituidos. Pero compromiso que también se hacía palabra, anuncio o denuncia, sin ostentaciones y con el riesgo de no ser entendido.

Fue, por eso, hombre de consulta. Dirigentes políticos solían compartir sabrosos coloquios, donde siempre aparecía el consejo evangelizador. Era una exigencia de su fe. “La necesidad de la presencia de la Iglesia en lo político, proviene de lo más íntimo de la fe cristiana; del señorío de Cristo que se extiende a toda la vida” (DP 516).

Y lo que pueda decirse de los dirigentes políticos o de las autoridades, puede también decirse de los sectores gremiales, empresarios, educativos, etc.

Merece un párrafo especial su actuación en el tema de los presos políticos y "desaparecidos". En circunstancias confusas y discutidas, primó siempre en él, un criterio sereno y seguro que resguardara la justicia y la dignidad. Y es bueno decirlo: muchos hogares se alegraron en el reencuentro gracias a su acción perseverante, silenciosa y caritativa. Quizás los beneficiados de ésta su preocupación pastoral puedan testificar, como homenaje a su memoria, su solicitud incansable para hacer realidad lo del Evangelio: "Estuve preso y me visitaste" (Mt. 25,39).

Cuando se investigue en su diaria agenda pastoral, se descubrirá la figura del Pastor comprometido evangélicamente con el mundo de lo temporal.





El Nuncio de Su Santidad preside el sepelio de monseñor Pérez, en Fortín Mercedes. el 27 de marzo de 1985.

## 12. LA MUERTE DE MONSEÑOR PEREZ

Se suele decir que la muerte define la vida. Los latinos lo expresan así: "Qualis vita, mors est ita". Cual la vida, tal la muerte.

En lo íntimo del corazón de quienes conocimos a Mons. Pérez, hubiéramos esperado para él, otro modo de esperar la muerte: más previsto, más tranquilo, quizás más solemne. Sin embargo, murió repentinamente, imprevistamente, solitariamente. "Estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora menos pensada" (Mt. 24,44). La muerte lo sorprendió cuando avisoraba una Semana Santa, que quería vivirla con dedicación y celo pastorales.

Nadie estuvo presente. Nadie pudo acompañarlo. Nadie sabrá el momento preciso de su muerte. Murió sin las complicaciones de quirófanos o terapias. Sin molestar a nadie. Era la necesidad de encontrarse para siempre con Dios, sencillamente solo.

A la luz de su vida y de su muerte, puede entenderse la ausencia de un testamento. No tenía nada. Había vivido en la pobreza. Moría también en la pobreza.

Pero también es cierto que la falta de un testamento es un nuevo gesto de su delicada caridad. Qué harán con sus restos?: la familia, la comunidad salesiana, su primera Diócesis de Comodoro Rivadavia, Fortín Mercedes, la Arquidiócesis de Salta?. Cualquier determinación podría crear susceptibilidades en las comunidades cristianas a las que sirvió. A todas las había amado por igual. Con amor de sacerdote, de Pastor y de Padre.

Sin desconocer los fundamentos y las razones que se esgrimieron para resolver el traslado de sus restos, me adhiero a la determinación de que descansen en Salta. De 50 años de vida sacerdotal, veinte los vivió en Salta; de 27 años de consagración episcopal, 20 años también los entregó en Salta. Descansan ahora en su Catedral, a los pies de la Virgen del Milagro.

La sencillez fué su estilo, el silencio fué el clima de su vida. No pediría honras ni honores. Pero Salta deberá encontrar los modos de un homenaje justiciero a su memoria.

“Buscar almas” fué su lema. Desde el cielo debe seguir buscándolas cada mañana, cada día, cada Milagro.

GRACIAS, MONSEÑOR !!

# INDICE

Para introducir la semblanza .....	5
1. Monseñor Pérez y Salta .....	9
2. Monseñor Pérez, Pastor .....	13
3. Monseñor Pérez, Sacerdote de Corazón .....	19
4. Monseñor Pérez, Varón Justo .....	23
5. Monseñor Pérez, Hombre de Oración .....	29
6. Monseñor Pérez, Amigo .....	33
7. Monseñor Pérez, Educador .....	37
8. Monseñor Pérez, Salesiano .....	41
9. Monseñor Pérez y la Santísima Virgen .....	47
10. Monseñor Pérez, Eucarístico .....	53
11. Monseñor Pérez y la Comunidad Civil .....	57
12. La Muerte de Monseñor Pérez .....	61

Se terminó de imprimir en los  
talleres de Artes Gráficas S.A.  
en el mes de Febrero de 1987.